

ha permanecido erguido y sereno enfrente del trono infernal, entre los demonios desencadenados que querían desgarrarle; ahora que, al morir, le atacan, lucha y triunfa aún; «agonizando como está, con los labios blancos», permanece firme, los desafía y los aleja. «Tú no tienes poder sobre mí. Tú no me poseerás nunca. Lo que yo he hecho, hecho está; llevo dentro de mí una tortura á que la tuya no podría añadir nada. El alma, que es inmortal, se da á sí misma la recompensa ó el castigo de sus buenos ó malos pensamientos. Es por sí misma el principio y el fin de su mal. Es por sí misma su lugar y su tiempo. Su ser íntimo, cuando es despojado de esta mortalidad, no toma color de las cosas fugitivas de fuera, sino que permanece sumido en un sufrimiento ó en una alegría que nace de la conciencia de sus propios merecimientos. Tú no me has tentado; no eres tú el que hubiera podido tentarme. No he sido juguete tuyo, no soy tu presa. Yo he sido mi propio destructor, y lo seré aún en la vida que se acerca. ¡Atrás, demonios burlados! La mano de la muerte está sobre mí, pero no la vuestra...» El yo, el invencible yo, que se basta á sí mismo, sobre quien nada tiene acción, ni demonios, ni hombres, único autor de su bien y de su mal, especie de dios doliente y caído, pero siempre dios, á pesar de sus harapos de carne y á pesar del lodo y de las injurias de todos sus destinos: he ahí el héroe y la obra de ese espíritu y de los hombres de su raza. Si Goethe ha sido el poeta del *universo*, Byron ha sido el poeta de la *persona*, y, si el genio alemán ha encontrado su intérprete en el uno, el genio inglés ha encontrado el suyo en el otro.

V

Ya se adivina que los ingleses ponían el grito en el cielo, y renegaban del monstruo. Southey, poeta laureado, decía de él, en el estilo bíblico, que tenía algo de Moloch y de Belial, pero, sobre todo, de Satán, y, con una generosidad de colega, llamaba contra él la atención del gobierno. No habría papel bastante para transcribir las injurias estampadas «contra esos hombres (entiéndase: este hombre) de corazón viciado, de imaginación pervertida, que, forjándose un sistema de opiniones ajustadas á su triste conducta, se han rebelado contra las más santas disposiciones de la sociedad humana, y que, odiando esa religión revelada, cuya creencia no pueden desarraigarse enteramente de sí mismos, á pesar de todas sus jactancias y de todos sus esfuerzos, se afanan por decir á los demás tan miserables como ellos, inoculándoles un veneno moral que los corroerá hasta el corazón». Enfasis de oficio y pedantería de fámulo: en ese país la prensa ejerce funciones de esbirro, y jamás las ha ejercido más violentamente que entonces. La opinión ayudaba á la prensa. En Italia se vió á más de un *gentlemen* salir de un salón con su mujer, cuando anunciaban á lord Byron. A título de gran señor y de hombre célebre, el escándalo que daba era más ruidoso que ningún otro: era *a public sinner*. Un día un eclesiástico oscuro le envió una oración que había encontrado entre los papeles de su mujer, una mujer piadosa y encantadora, muerta recientemente, y que había pedido á Dios en secreto la conversión del gran pecador. La Inglaterra conservadora y protestante, después de un cuarto de siglo de

guerras morales y dos siglos de educación moral, había extremado hasta lo último su severidad y su rigorismo; y la intolerancia puritana, como en otro tiempo en España la intolerancia católica, ponía á los disidentes fuera de la ley. La proscripción de la vida voluptuosa ó libre, la observancia estrecha de la regla y del decoro, el respeto de todas las policía divinas ó humanas, las reverencias obligadas al solo nombre de Pitt, del rey, de la Iglesia y del dios bíblico, la actitud oficial é inflexible del *gentlemen* de corbata blanca: he ahí las costumbres que se encontraba entonces allende la Mancha, cien veces más tiránicas que hoy; entonces era, según Stendhal, cuando un par, sentado á la chimenea, solo, no se atrevía á cruzar las piernas, por temor de ser *improper*. Inglaterra se mantenía rígida, desagradablemente oprimida por su corsé de conveniencias sociales. De ahí dos miserias: se sufre, y, cuando se está seguro del secreto, dan tentaciones de echar á rodar el instrumento de tortura. Por un lado, la opresión; por el otro, la hipocresía: he ahí los dos vicios de la civilización inglesa, y contra ellos se volvió Byron con su lucidez de poeta y sus instintos de combatiente.

Los había visto desde el primer momento; los verdaderos artistas son perspicaces; en eso es en lo que nos superan: nosotros juzgamos de oídas y por dichos, como vulgo; ellos juzgan en vista de los hechos y de las cosas, como espíritus originales. A los veintidós años había visto á toda la *high life* consumida de tedio, en fuerza de violentarse. «Ved en pie á la noble señora, sin flaquear aun después de tres mil cortesías. Los duques reales y las damas suben la atestada escalera, y á cada paso adelantan una pulgada (1).» — «Hay

(1) *Don Juan*.

que ir á ver al campo (escribía) lo que los periódicos llaman una reunión selecta de huéspedes de distinción, especialmente los *gentlemen* después de comer, los días de caza, y la velada que sigue, y las mujeres que tienen trazas de haber cazado, ó más bien, de haber sido cazadas... Recuerda una comida en casa de lord C..., á que asistían pocas personas, pero escogidas entre las más joviales. Apenas llegaron los postres, de doce comensales conté cinco adormilados.» Por lo tocante á las costumbres, al menos en la clase alta, añadía: «He pasado la noche en Coven Garden... Veía á mi alrededor lo más distinguido de las jóvenes y de las viejas corridas... Era como si la sala hubiese estado dividida entre las cortesanas públicas y las otras; pero las de trastienda excedían con mucho en número á las mercenarias... ¿Qué diferencia había allí entre Paulina y su mamá, entre lady *** y su hija, si no es que las dos últimas pueden ir á palacio y á todas partes, y las dos primeras tienen que concretarse á la Opera y á las casas públicas? ¡Con qué placer observo la vida tal y como es realmente!...» Decoro y relajación; tartufos de costumbres, «que se ponen sus virtudes al ponerse sus guantes blancos (1)»; una oligarquía que, para conservar sus dignidades y sus momios, desgarrá á Europa, devora á Irlanda y amotina al pueblo con las palabras altisonantes de virtud, de cristianismo y de libertad: había verdades tras esas invectivas (2). Sólo desde hace treinta años han disminuido los privilegios y la corrupción de los grandes, gracias al ascendiente de la clase media; pero en aquel momento se les podían lanzar al rostro palabras du-

(1) Alfredo de Musset.

(2) Véase su terrible poema burlesco *The Vision of judgment* contra Southey, Jorge IV y el fausto oficial.

ras. «El pudor (decía Byron, usando las expresiones de Voltaire) ha huido de los corazones y se ha refugiado en los labios... Cuanto más depravadas son las costumbres más comedidas son las expresiones; se cree ganar en el lenguaje lo que se ha perdido en virtud... He ahí la verdad, la verdad sobre la masa hipócrita y degradada que infesta la generación inglesa presente; es la única respuesta que merecen... El *cant* es el pecado irritante de este siglo doble y falaz de egoístas depreadores.» Y tras esto escribió su obra maestra, *Don Juan*.

Todo era nuevo aquí, forma y fondo; es que el autor había entrado en un nuevo mundo; el inglés, hombre del Norte transplantado al seno de las costumbres del Mediodía y de la vida italiana, se había impregnado de una nueva savia que le hacía dar nuevos frutos. Había leído (1) las sátiras de Buratti y aun los sonetos más que voluptuosos de Baffe. Vivía en la feliz sociedad de Venecia, exenta aun de cóleras políticas, donde parecía una tontería la preocupación, donde se trataba la vida como un carnaval, donde el placer recorría las calles, no tímido é hipócrita, sino desnudo y alabado. Se había divertido allí fogosamente desde un principio, casi hasta destruirse; y después de devaneos vulgares, habiendo sentido un amor verdadero, se había hecho caballero sirviente á la usanza del país, con el consentimiento de la familia, llevando el chal con alguna desmaña al principio y con asombro, pero, en resumen, más feliz que nunca y acariciado como por un aura tibia de voluptuosidad y de abandono. Había visto allí la inversión de toda la moral inglesa, la infidelidad conyugal erigida en regla, y la fidelidad amo-

(1) Stendhal, *Mémoires sur lord Byron*.

rosa erigida en deber. «Imposible (escribía) convencer á una mujer aquí de que falta en lo más mínimo al deber y á las conveniencias tomando un *amoroso*... El amor (el sentimiento del amor), no sólo disculpa el hecho, sino que le convierte en una *virtud positiva* (1), siempre que sea desinteresado, y no un capricho, y se limite á una sola persona.» Un poco más adelante traducía el *Morgante Maggiore* de Pulci, para mostrar «lo que era lícito á los eclesiásticos tocante á religión en un país católico y en una edad de santurronería», y para imponer silencio «á los arlequines de Inglaterra que le acusaban de atacar la liturgia». Gozaba con esa libertad, y se proponía no volver á caer nunca bajo la inquisición pedantesca que le había condenado en su país sin remisión. Escribía su *Beppo* como improvisador, con un abandono delicioso, con una ligereza caprichosa, oponiendo el desenfado y la alegría de Italia á las preocupaciones y á la fealdad de Inglaterra. «Me gusta ver ponerse el sol, seguro de que saldrá mañana, no débil y turbio en medio de la niebla como el ojo mortecino de un borracho compungido, sino con todo el cielo para sí solo, sin que el día se vea obligado á pedir su luz á esas miserables candelitas que temblequean cuando hierve el caldero humeante del fumoso Londres.»—«Amo su lengua, ese dulce latín bastardo, que se derrite como besos de boca de mujer, que se desliza suavemente, como si hubiese que escribirle sobre raso, con sílabas que respiran la dulzura del Mediodía, con líquidas fundidas tan blandamente, que no hay un solo acento que parezca rudo, como nuestras ásperas guturales del Norte, ásperas y gruñentes que todos tenemos que escupir con hipo y sil-

(1) Moore's *Life of lord Byron*, III, 113.

bidos.»—«Me gustan también las mujeres (perdonad mi locura), desde la lozana mejilla de la campesina de un rojo bronceado y sus grandes ojos negros con su fulminación de rayos que os dicen mil cosas de una vez, hasta la frente de la noble dama más melancólica, más tranquila, con una mirada límpida y avasalladora, con el corazón en los labios, con el alma en los ojos, dulce como su clima, radiante como su cielo.» Con otras costumbres, había allí otra moral; hay una para cada siglo, cada raza y cada cielo; quiero decir, que el modelo ideal varía con las circunstancias que le forjan. En Inglaterra, la dureza del clima, la energía militante de la raza y la libertad de las instituciones prescriben la vida activa, las costumbres severas, la religión puritana, el matrimonio correcto, el sentimiento del deber y el imperio sobre sí. En Italia, la hermosura del clima, el sentido innato de la belleza y el despotismo del gobierno sugerían la vida ociosa, las costumbres relajadas, la religión imaginativa, el culto de las artes y del placer. Cada uno de los dos modelos tiene su belleza y sus lunares, lo mismo el artista epicúreo que el político moralista (1); cada uno de los dos patentiza con sus grandezas las pequeñeces del otro; y para poner de relieve los flacos del segundo, lord Byron no tenía más que poner de relieve las seducciones del primero.

A este fin, se pone en busca de un héroe, y no le encuentra, cosa «bien extraña» en este siglo poblado de héroes. A falta de cosa mejor, elige «nuestro antiguo amigo D. Juan», elección escandalosa: ¡qué gritos van á lanzar los moralistas de Inglaterra! Pero el

(1) Véase Stendhal, *Vie de Giacomo Rossini*, y Stanley, *Vida de Tomás Arnold*. El contraste es completo. Véase también en *Corinne* esa oposición muy bien acusada.

colmo del horror es que ese D. Juan no es malo, egoísta, odioso, como sus cofrades. No seduce; no es un corruptor; llegada la ocasión, la aprovecha; tiene corazón y sentidos, y el corazón y los sentidos, en países de hermoso cielo, son impresionables. Eso, á los diez y seis años, no hay quien lo remedie, ni á los veinte tampoco, ni quizá á los treinta. Entendeos con la naturaleza humana, queridos moralistas; no soy yo quien la ha hecho así; si queréis reñir, dirigios más arriba; nosotros somos pintores, no fabricantes de títeres humanos, y no respondemos de la estructura de nuestros muñecos. He aquí, pues, á nuestro D. Juan paseándose; se pasea por muchos sitios, y en todos esos sitios es joven; no por eso fulminaremos rayos contra él; ha pasado la moda: los diablos verdes y sus cabriolas no son ya admisibles más que el quinto acto de Mozart. Y, por otro lado, ¡D. Juan es tan amable! Después de todo, ¿qué ha hecho él que no hagan los demás? Si ha sido amante de Catalina II, es á imitación del cuerpo diplomático y de todo el ejército ruso. Dejadle sembrar su avena loca; ya vendrá á su vez la buena semilla. Una vez en Inglaterra, será circunspecto. Confieso que, si le provocan, podrá ser que aún vaya de merodeo por los jardines conyugales de la aristocracia; pero al fin se hará juicioso, irá al Parlamento á pronunciar discursos morales, será miembro de la asociación para la represión del vicio. Si os empeñáis á toda costa en que se les castigue, le haremos contraer un matrimonio desgraciado: el infierno del autor español «no es probablemente más que una alegría de ese». De todos modos, casado ó condenado, la gente honrada tendrá al fin de la obra el gusto de saber que se achicharra vivo (1).

(1) Diario, Febrero de 1821.

¡Singular apología, y que no hace más que agravar la falta! ¿verdad? Aguardad: no conocéis aún todo el veneno del libro. Al lado de D. Juan, tenemos á doña Julia, á Haydea, á Gulbeyaz, á Dodu, etc. Aquí es donde el diabólico poeta clava su más afilada garrá, y procura clavarla en nuestros puntos flacos. ¿Qué van á decir los *clergymen* y los *reviewers* de corbata blanca? Porque, en fin, no hay medio de resistirse; hay que leer. Dos ó tres veces seguidas se ve aquí la *felicidad*, y, cuando digo la felicidad, se entiende la felicidad profunda y completa, no la simple voluptuosidad, no el goce licencioso; estamos ahora á cien leguas de las libres amenidades de Dorat y de los apetitos desenfrenados de Rochester. Ha aparecido la belleza, la belleza meridional, brillante y armoniosa, difundida en todo, en el luminoso cielo, en los paisajes apacibles, en la desnudez de los cuerpos, en la ingenuidad de los corazones. ¿Hay cosa que ella no divinice? Todos los sentimientos se exaltan en sus manos. Lo que era grosero se hace noble; aun en esa aventura nocturna del serrallo que parece digna de Faublás, la poesía embellece la licencia. Las jóvenes reposan en el amplio aposento silencioso, como preciosas flores, procedentes de todos los climas, encerradas en una estufa. «La una posa su mejilla purpurina sobre el blanco brazo, y sus negros rizos se congregan sobre la frente en oscuro tropel. Y así, dulce y lánguidamente sueña. Otra, con sus castañas trenzas ligeramente recogidas, deja caer suavemente la cabeza, como fruto que en su tallo vacila, y dormita, con leve respiración, entreabriendo los labios y enseñando una hilera de perlas. Una tercera, de aspecto marmóreo, inmóvil como una estatua, muda, sin aliento, yace en un sueño de piedra, blanca, fría y pura, y parece

figura esculpida en un monumento.» Las lámparas mortecinas no despiden ya más que una claridad azulada. La inocente Dodu se ha acostado, y, si ha dirigido una mirada á su espejo, «es como la corza que ha visto pasar fugitivamente por el lago su sombra azorada. Al pronto se sobresalta y se desvía; luego dirige una segunda ojeada, admirando esa nueva hija del abismo». ¿Qué va á ser aquí de la gazmoñería puritana? ¿Es que las conveniencias pueden impedir que la belleza sea bella? ¿Es que condenaréis un Ticiano, porque aparezca desnudo? ¿Qué es lo que da un precio á la vida humana y una nobleza á la naturaleza humana sino el poder de alcanzar las emociones deliciosas y sublimes? Acabáis de tener una, y digna de un pintor; ¿no vale por ventura lo que la de un *alderman*? ¿Os negaréis á reconocer lo divino, porque aparece en el arte y en el goce, y no sólo en la conciencia y la acción? Hay un mundo al lado del vuestro, como hay una civilización al lado de la vuestra; vuestras reglas son estrechas y vuestra pedantería tiránica; la planta humana puede desarrollarse de otro modo que en vuestros compartimientos y debajo de vuestras nieves, y los frutos que entonces dé no serán menos preciosos. Bien lo veis vosotros mismos, puesto que lo saboreáis cuando se os ofrecen. ¿Quién ha leído los amores de Haydea, y tenido otro pensamiento que el de envidiarla y compadecerla? Es una niña rústica que ha recogido á Juan, otro niño arrojado á la playa por las olas. Le ha salvado, le ha cuidado como una madre, y ahora le ama: ¿quién puede censurarla por amarle? En presencia de la magnífica naturaleza que los sonríe y los acoge, ¿quién puede imaginar en ellos otra cosa que la sensación omnipotente que los une? «Era una costa de-

sierta y azotada por el oleaje, con acantilados por encima y una ancha playa de arena, defendida por bancos y peñascales como por un ejército. Siempre retumbaba allí la rónica voz de las olas arrogantes, salvo en los largos días calmosos del estío, que hacían brillar como un lago el dilatado Océano. Todo era silencio, salvo el grito de la gaviota, y el salto del delfín, y el rumor de leve ola que, chocando en alguna roca ó algún banco, se irritaba contra la barrera que apenas humedecía. Los dos vagaban de la mano sobre las guijas relucientes y las conchas. Se deslizaban por la tersa y endurecida arena. Y en las antiaguas y agrestes cavernas, abiertas por las tempestades, pero abiertas como con arreglo á un plan, con altas y profundas salas, techumbres pizarreñas y grutas, detuviéronse á descansar, y, echándose el brazo el uno al otro, se abandonaron á la dulzura profunda del purpúreo crepúsculo. Miraban sobre ellos el cielo, cuya luz flotante se extendía como un sonrosado, brillante y dilatado Océano. Miraban á sus pies el mar reluciente de donde surgía la ancha luna. Oían el murmullo de las olas y el susurro tan leve del viento. Vieron las llamaradas que los negros ojos de cada uno despedían hacia el otro, y, al verlas, sus labios se acercaron y se juntaron en un beso... Estaban solos, pero no solos como los que, encerrados en una estancia, toman eso por la soledad. El Océano silencioso, la bóveda estrellada, el resplandor crepuscular que por momentos disminuía, las mudas arenas, las grutas donde se oía caer el agua gota á gota, cuanto los rodeaba los hacía estrecharse uno con otro, como si no hubiese bajo el cielo más vida que la suya, y como si esa vida no pudiese morir nunca.» ¡Excelente momento, ¿no es verdad?, para sacar á colación

vuestros formularios y vuestros catecismos! Haydea «no habla de escrúpulos, no pide promesas». No sabe nada; no teme nada. «Vuela hacia su joven compañero como un pajarillo.» La naturaleza, toda la naturaleza, instinto y corazón, desplégase en ese instante repentinamente, porque está madura, como un capullo que se trueca en flor. «¡Ay! ¡Tan jóvenes, tan hermosos y amantes, hallábanse tan solos, tan entregados á sí mismos! ¡Y era la hora en que el corazón, henchido siempre, y sin poder ya sobre sí, sugiere acciones que no puede anular la eternidad!» Admirables moralistas, estáis delante de esas dos flores, como jardineros titulares, teniendo en la mano el modelo de floración aprobado por vuestra sociedad de horticultura, probando que no se ha seguido el modelo, y fallando que las dos malas hierbas deben ser arrojadas al fuego que vosotros alimentáis para quemar los brotes irregulares. Está muy bien, y sabéis vuestro arte.

Por encima del *cant* británico existe la hipocresía universal; por encima de la pedantería inglesa, Byron hace la guerra á la bellaquería humana. Tal es el verdadero sentido del poema, y á lo que conducen ese carácter y ese genio. Se han desvanecido los grandes ensueños lúgubres de la imaginación juvenil; ha llegado la experiencia; ahora el autor conoce al hombre. ¿Y qué es el hombre, una vez conocido? ¿Abunda en él lo sublime? ¿Creéis que los grandes sentimientos, los de Harold, v. gr., constituyen la trama ordinaria de su vida (1)? La verdad es que emplea lo mejor de su tiempo en dormir, en comer, en bostezar, en traba-

(1) «Hay diez veces más verdad en *Don Juan* que en *Childe Harold* (decía Byron). Por eso, á las mujeres no las gusta el *Don Juan*.»

jar como un caballo, y en divertirse como un mono. Según Byron, es un animal; salvo en algunos minutos singulares, le gobiernan sus nervios, su sangre, sus instintos. Sobre eso viene la rutina; la necesidad fustiga, y la bestia anda. Como la bestia es orgullosa, y además imaginativa, pretende que anda por su propio albedrío, que no hay látigo, que en todo caso ese látigo rara vez toca sus costillas, que, por lo menos, su espinazo estoico puede hacer como si no le sintiese. Se enjaeza en imaginación con caparazones magníficos, y se pavonea así á pasos medidos, creyendo transportar reliquias y hollar alfombras y flores, cuando, en resumen, se zabelle en el lodo y lleva consigo las manchas y el olor de todas las inmundicias. ¡Qué entretenimiento palpar su lomo pelado, poner ante sus ojos los costales de harina que la cargan y el agujón que la hace andar! ¡Divertida comedia! Es la comedia eterna, y no hay un sentimiento que no la suministre un acto, empezando por el amor. Ciertamente, doña Julia es muy amable, y Byron la aprecia; pero sale de sus manos tan ajada como cualquier otra. Posee virtud, no hay que decirlo; más aún: quiere poseerla. Se hace razonamientos excelentes con respecto á D. Juan: ¡linda cosa los razonamientos, y qué pinitiparados para enfrenar la pasión! Nada más sólido que un firme propósito acorazado de lógica, apoyado en el temor del mundo, en el pensamiento de Dios, en el recuerdo del deber; nada prevalecerá contra él, excepto una entrevista á solas en Junio, á las seis y media de la tarde. Por fin, la cosa está hecha, y la pobre mujer tímida es sorprendida ¡en qué situación! por el marido ultrajado. Hay que leer el libro. Seguramente va á callarse, avergonzada y llorosa, y el lector moralista no deja de contar con sus remordimientos. Que-

rudo lector, no habéis contado con el instinto y los nervios. Mañana será púdica; ahora se trata de aturdir al marido, de atontarle, de confundirle, de salvar á Juan, de salvarse, de hacer la guerra. Empezada la guerra, se hace con toda clase de armas; en primera línea, con el descaro y la injuria. La idea única, la necesidad presente eclipsa todo lo demás: en eso es en lo que es mujer una mujer. Esta grita, y fuerte. Aquello es una verdadera lluvia: maldiciones y recriminaciones, burlas y desafíos, desmayos y lágrimas. En un cuarto de hora ha adquirido veinte años de experiencia. No sabiais, ni ella tampoco, qué cómica puede salir de repente, de improviso, de una mujer honrada. ¿Sabéis lo que puede salir de vosotros? Os creéis razonables, humanos; convengo en ello por hoy: habéis comido, y os encontráis cómodamente en buen aposento. Vuestra máquina funciona sin entorpecimiento; es que los rodajes están engrasados y en equilibrio; pero que la pongan en un naufragio ó en una batalla, que la falta ó el aflujo de sangre desconcierte un momento las principales piezas, y veremos rugir ó tambalearse un loco ó un idiota. La civilización, la educación, la reflexión, la salud, nos cubren con sus envolturas pulimentadas y barnizadas; arranquémoslas una á una, ó todas juntas, y nos reiremos de ver al bruto que alienta en el fondo. He aquí á nuestro amigo Juan que lee la última carta de Julia, y jura con transportes no olvidar nunca los hermosos ojos á que ha hecho llorar tanto. ¿Hubo nunca sentimiento más tierno y más sincero? Pero, desgraciadamente, Juan está embarcado, y empieza el mareo. «Sí (dice), antes se confundirá el cielo con la tierra que... (Aquí se sintió peor). ¡Oh Julia! ¿qué son todas las demás angustias?... (¡Por amor de Dios, traedme un vaso de rom!

Pedro, Bautista, ayudadme á bajar.) ¡Julia, amor mío! (¡Más deprisa, Pedro, tunante!) ¡Idolatrada Julia, oye mi ruego!... (Aquí su voz es ya articulada, á causa de las náuseas).—El amor es muy valeroso contra todas las enfermedades nobles; pero tiene horror á los paños calientes, y el mareo es su muerte.» Otras muchas cosas son su muerte; entre ellas, el tiempo, y también el matrimonio; en eso acaba «como el vino en el vinagre.» Sabed que, si Penélope es tan conocida, es porque es única. «Lo natural era que Ulises encontrase, al volver, una hermosa urna erigida á su memoria, con dos ó tres señoritas engendradas por algún amigo detentador de su mujer y de sus bienes, y que su perro Argos se abalanzase á morderle... por detrás.»

Esto es de un escéptico, y aun de un cínico. En escéptico y cínico acaba él. Escéptico por misantropía, cínico por jactancia, siempre le desencadena el temperamento triste y militante; la voluptuosidad meridional no le ha conquistado; no es epicúreo más que por contradicción y por momentos. «Dadnos vino, mujeres, alegría, carcajadas, y al otro día sermones y agua de Seltz. El hombre, como ser racional, debe emborracharse. Lo mejor de nuestra vida no es más que embriaguez. Yo quisiese ser arcilla en vez de sangre, medula, pasión y sensación, porque entonces lo pasado sería pasado. Pero ayer me emborraché, y me parece que ando por el techo.» Se ve que es siempre el mismo, extremado y desgraciado, que siempre está haciendo por destruirse. Su *Don Juan* es también un desenfreno; Byron se solaza allí desaforadamente á expensas de todas las cosas respetadas, como un toro en un almacén de espejos. Siempre aparece violento, y muchas veces feroz; la imaginación sombría mezcla con las escenas amorosas los horrores lentamente sa-

boreados, la desesperación y el hambre de los náufragos, y la extenuación de aquellos furiosos esqueletos que se devoran los unos á los otros. El se ríe horriblemente, como Swift, y se chancea como Voltaire. «Quisieron comerse al segundo como más gordo, pero el hombre se resistía mucho á un fin de esa especie, y además vino á salvarle un regalito que se le había hecho en Cádiz por suscripción general de las señoras.» Provisto de documentos (1), sigue con una exactitud de cirujano todos los pasos de la muerte, la saciedad, la rabia, el delirio, los alaridos, el agotamiento, el estupor; quiere tocar y mostrar la verdad extrema y probada, el último fondo grotesco y horrible del hombre. Véase también el asalto de Ismail, la metralla y la bayoneta, las matanzas en las calles, los cadáveres utilizados como faginas y los treinta y ocho mil turcos degollados. Hay sangre bastante para hártar á un tigre, y esa sangre corre entre juegos de vocablos: es para hacer befa de la guerra y de las carnicerías decoradas con el nombre de hazañas. En ese despiadado y universal aniquilamiento de todas las vanidades humanas, ¿qué es lo que subsiste? ¿Qué viene á decirse nos sino «que la vida es una nada y que un hombre no vale lo que un perro (2)» ¿Qué descubre el autor en la ciencia sino sus lagunas, y qué en la religión sino sus mojigangas? (3) ¿Deja incólume al menos la poesía? Del ropaje divino, última vestidura que un poeta respeta, hace un pingajo que pisotea, retuerce y agujerea deliberadamente. En el momento más interesante de los amores de Haydeá sale con una payasada. Termina una oda con caricaturas. Es Fausto en el primer

(1) Tenía á la vista una docena de descripciones auténticas.

(2) Canto VII, 6 y 7.

(3) Véase *Vision of Judgment*.

verso, y Mefistófeles en el segundo. En medio de las ternuras ó de las muertes intercala chistes de periodiquillo, trivialidades, murmuraciones é injurias de libelista, y batiborrillos de Arlequín. Pone al desnudo los artificios poéticos, se pregunta por dónde anda, cuenta las estrofas ya hechas, habla en tono zumbón de la Musa, de Pegaso y de toda la caballeriza épica, como si todo eso le importase un comino. Repitémoslo: ¿qué queda? El, y sólo él, sobre todas esas ruinas. El es quien habla aquí; sus personajes no son más que pantallas, y aun la mitad de las veces las aparta para ocupar la escena. Lo que nos expone son sus opiniones, sus recuerdos, sus indignaciones, sus gustos; su poema es una conversación, una confidencia, con los altos y bajos, las brusquedades y el abandono de una conversación y de una confidencia, casi semejante á las memorias en que se explayaba en su mesa por la noche. Jamás se vió en espejo tan claro el nacimiento de un pensamiento vivo, el tumulto de un gran genio, la intimidad de un verdadero poeta, siempre apasionado, inagotablemente fecundo y creador, en quien brotan súbitamente, unas tras otras, acabadas y adornadas, todas las emociones y todas las ideas humanas, las tristes, las alegres, las altas, las bajas, agolpándose y estrujándose como enjambres de insectos que van á zumbar y á pastar en el fango y en las flores. Puede decir cuanto se le antoja; de buena ó de mala gana, se le escucha; aunque salte de lo sublime á lo burlesco, se salta con él. Tiene tanto ingenio, ingenio tan nuevo, tan imprevisto, tan penetrante, una prodigalidad tan asombrosa de ciencia, de ideas, de imágenes acopiadas en los cuatro puntos del horizonte, que nos arrolla, nos arrastra saltando por todo, y no podemos pensar en resistirnos. Demasiado fuerte, y,

por lo mismo, desenfrenado: tal es la expresión que se repite uno siempre á propósito de él: demasiado fuerte contra los demás y contra sí mismo, y tan desenfrenado que, después de emplear su vida en desafiar al mundo y su poesía en pintar la rebelión, no encuentra la plenitud de su talento y la satisfacción de su corazón sino en un poema armado contra todas las convenciones humanas y contra todas las convenciones poéticas. Viviendo así, se es grande, pero se enferma. Hay una enfermedad del corazón y de la mente en el estilo de *Don Juan*, como en el de Swift. Cuando un hombre se chancea entre lágrimas, es que tiene la imaginación envenenada. Esa especie de risa es un espasmo, y se ve venir, en el uno el endurecimiento ó la locura, en el otro la excitación ó el hastío. Byron se agotaba; por lo menos, se agotaba en él el poeta. Los últimos cantos del *Don Juan* languidecían; la alegría era forzada; las expansiones degeneraban en divagaciones; el lector sentía acercarse el aburrimiento. Un nuevo género en que había ensayado sus fuerzas, desmereció en sus manos; no alcanzó en el drama más que la declamación robusta; sus personajes no vivían; cuando él abandonó la poesía, la poesía le abandonaba á él; fué á buscar la acción en Grecia, y no encontró allí más que la muerte.

VI

Así vivió y acabó ese gran hombre desgraciado; la enfermedad del siglo no ha tenido presa más ilustre. En torno suyo, como una hecatombe, yacen los demás, heridos también por la grandeza de sus faculta-